

intransigencia y tolerancia en el nuevo testamento

Antonio Rodríguez Carmona

Como es sabido, el Nuevo Testamento es una colección de escritos, que fueron apareciendo poco a poco a lo largo del segundo y tercer tercio del siglo I de nuestra época y que recogen el pensamiento y la praxis de Jesús de Nazaret, de la primera generación cristiana —especialmente de Pablo— y de la segunda generación cristiana, es decir de los autores que escribieron a partir del año 70 y cuyas obras forman gran parte del Nuevo Testamento.

Este dato hay que tenerlo muy en cuenta a la hora de exponer el pensamiento del Nuevo Testamento sobre un tema, ya que no siempre coinciden los puntos de vista de los diversos autores y es muy frecuente una evolución y un proceso de explicitación del pensamiento. De aquí que se imponga con frecuencia un estudio cronológico, que tenga en cuenta el marco histórico cambiante y el proceso de explicitación del pensamiento y la praxis que determina. Es lo que vamos a hacer en este estudio, que divido en cuatro partes: Jesús - Iglesia primitiva - Pablo - Segunda generación cristiana.

1. Praxis de Jesús

La actuación de Jesús está determinada por su conciencia de enviado escatológico de Dios, que le envía a proclamar la paternidad divina y el comienzo del Reino prometido. En cuanto que proclama la irrupción del Reino en la historia, Jesús es inflexible e intolerante y en esto coincide con la mayor parte de los movimientos religiosos judíos de su tiempo, como fariseos, esenios, grupos apocalípticos, pero en cuanto que proclama la paternidad de Dios y, consecuentemente, la irrupción del Reino del modo como conviene a Dios-Padre, introduce un elemento de paciencia, comprensión y tolerancia, que determinará su actuación, le dará el carácter específico de «debilidad» que la diferencia de

los otros movimientos religiosos contemporáneos y será causa de incompreensión y rechazo.

a. **Jesús actúa como un convencido inflexible.** Hoy día se reconoce generalmente que Jesús tuvo conciencia de ser el enviado escatológico¹ y que actuó a modo de profeta, aunque superando el rol del profeta histórico de Israel, de forma convencida y categórica. Se pueden aportar muchos datos: la tradición le presenta como **heraldo** y portador de un mensaje definitivo e incondicional, fundado en una decisión divina irrevocable. Enseña con autoridad (Mc 1,22 par) con enseñanzas imperativas y excluyentes (Mc 8,34-36). Acepta la Ley como expresión de la voluntad de Dios (Mc 7,8-13 par; 12,28-33; Mt 5,17), pero la interpreta en función de su mensaje del Reino de Dios-Padre, hasta el punto de anular leyes mosáicas que no se avienen con su mensaje (Mc 10,1-11 y Mt 5,31s; Mt 5,33-37; 5,38-48), modo de actuar que no se permite en Israel ni a los profetas. Igualmente rechaza la interpretación farisea de la Ley en todo lo que se aparta de su visión propia (Mc 7,8-13; Mt 5,17-48 cf actuación en sábadó), lo que le llevará a un enfrentamiento con los escribas fariseos. Declara que es fundamental poner por obra su palabra y que la suerte escatológica depende de la acogida prestada a su mensaje (Mc 8,38; Mt 7,24-27 par), llegando a llamar bienaventurados o malaventurados en función de la acogida que se le dispensa (11,20-24; 23,13-16; 13,16). De forma parecida llama bienaventuradas a algunas situaciones sociales, como pobres, niños y perseguidos, en función de su actividad y mensaje (Mt 5,1-11; Mc 10,14; Mt 11,5; Lc 14,14). Llama a su seguimiento con exigencia (Mc 1,17.20; 2,14; 10,21 par; Mt 8,18-22 par; Mc 8,34 par) y en un determinado momento de su ministerio exigió a sus seguidores que se definieran en pro o en contra de su forma de ver el mesianismo, aun a costa de quedarse solo, como atestigua la sección del pan, único punto de coincidencia entre el relato del ministerio que hace la tradición sinóptica y la joánica y a cuya final aparece en ambas tradiciones la imposición de una opción (Mc 8,27-30 y Jn 6,60-66). Actúa de forma enérgica en el templo de Jerusalén, declarándolo impuro y anunciando su destrucción (Mc 11,15-19 y Ja 2,13-21; Mc 13,2). Este gesto no es fruto de fuerza física, que no tenía Jesús frente al grupo al que se enfrenta, sino de una fuerza moral, que le reconoce el pueblo y le discuten los dirigentes (Mc 11,27s). Se mantiene en su actitud convencida a pensar de las dificultades y no cede ni ante el peligro de muerte: el testimonio múltiple e independiente de los cinco estratos de la tradición evangélica avala suficientemente esta afirmación.

Se podrían aportar más datos, pero no es necesario. Se puede afirmar que históricamente Jesús actuó como un enviado de Dios y que fue absolutamente

(1) Véase J. JEREMIAS, *Teología del Nuevo Testamento*, Salamanca 1974, 97-188.

fiel a su mensaje. Desde este punto de vista fue un intolerante e intransigente, que no adulteró ni rebajó el mensaje que se le encomendó. Lo proclamó abiertamente en su totalidad y murió por su fidelidad a él.

b. **Principios de tolerancia.** El mismo mensaje característico de Jesús, la proclamación de la paternidad de Dios, contiene unos principios de tolerancia que van a dar el carácter peculiar a la obra y religiosidad de Jesús: obrar en la debilidad, religiosidad como diálogo filial, reconocimiento de la libre actuación salvadora de Dios a través de todos los hombres.

Dios-Padre es el único absoluto en la existencia de Jesús, que no es un incondicional de una doctrina o de un método sino de Dios-Padre, su Padre, y de su plan salvador (Mc 14,35s; Mt 11,25s). Como consecuencia realiza la misión en la forma que compete a Dios-Padre y ésta es mansedumbre (Mc 11,1-10; Mt 11,29), paciencia (Mc 9,19; Mt 13,24-30) y debilidad (Mc 3,21-23; 4,3-9.30-32; 6,1-6; 9,30-32; 14-16). Prescindiendo del problema de si Jesús tuvo conciencia de realizar la misión de Siervo de Yahweh, está claro que actuó con medios débiles, con palabras convincentes y signos capaces de significar (cf Mc 7,2), pero que no se imponían necesariamente a sus destinatarios. Esto es una consecuencia del modo como compete reinar a Dios-Padre, no avasallando y creando esclavos salvados, sino respetando totalmente al hombre en su libertad e invitándole a dejarse salvar y a recibir la adopción filial con libertad y amor. Sólo en un contexto de libertad puede el hombre optar por la filiación divina, que implica potenciación de la libertad y amor humanos. Ahora bien, esto únicamente es posible con una proclamación firme, pero en la debilidad, que puede ser libremente aceptada o rechazada sin que suceda nada en el orden físico y jurídico externo. Los únicos medios legítimos para esta proclamación son los que se derivan de la misma fuerza del mensaje y de la convicción personal del mensajero y se sitúan en el ámbito del hombre libre y racional, capaz de valorar, elegir y optar, como la invitación, la reflexión, el diálogo, la proclamación convencida de los bienes que implican la aceptación y de los males que lleva consigo el rechazo, el testimonio personal de quien vive el mensaje y entrega su vida por él... Este modo de actuación firme en la debilidad caracteriza la obra de Jesús y la distingue de otros grupos religiosos contemporáneos, que concebían la irrupción del Reino de Dios como la llegada irresistible del poder de Dios, destruyendo el mal y los **hombres** que lo realizan y creando un mundo nuevo sobre un mundo de cadáveres. Esto explica por una parte el que los pecadores sean destinatarios privilegiados de la obra de Jesús (Mc 2,17 par; Lc 19,10) y por otra la incomprensión y el rechazo que encontró su obra ante Juan Bautista (Mt 11,2-5; 3,7-9.12 par) y el mundo judío, tipificado en Nazaret (Mc 6,1-6 par; Jn 6,52.60). Juan Bautista no comprende este tipo de mesianismo,

que parece no compaginarse con el proclamado por él, y el mundo judío no acepta un mesías-carpintero y se escandaliza de Jesús.

En esta línea está la separación de vida religiosa y el contexto racial, político y cultural en el que se realiza. No se puede dar creyente que no pertenezca a un pueblo, una raza y una cultura. En el Antiguo Testamento era la raza, cultura y estado judíos, identificándose todos estos factores, de tal forma que ser judío era pertenecer a un estado, una religión y una cultura. Sigue siendo ésta la situación actual de algunas religiones, como el Islam, que identifica religión con estado y relega a ciudadanos de segundo rango a los que no pertenecen a la religión oficial. Jesús rompe esta identificación. Vida religiosa es relación filial con el Padre con todo lo que implica. El nuevo culto es existencial y no está ligado a lugares, culturas o estados (Jn 2,19; 4,23; Mc 14,58; 15,29). Lo importante no es una raza o cultura sino un corazón que ama y realiza las obras del Reino (Mc 7,14-23 par; Mt 21,43 cf 3,7-10). Anula así Jesús una identificación que históricamente se ha traducido en intolerancia y marginación de los que no reúnen los requisitos necesarios para formar parte del grupo nacional-religioso.

Igualmente Jesús no pretende tener la exclusiva en el campo religioso. Si por una parte está convencido de ser el heraldo escatológico de Dios, por otra acepta y reconoce que Dios actúa también por medio de otras personas: otros judíos también expulsan demonios (Mt 12,27 par), explican a Moisés y ofrecen enseñanzas que hay que seguir (Mt 23,2s). Por ello cuando los discípulos critican a un judío que, sin pertenecer al grupo de los discípulos, expulsa demonios en el nombre de Jesús, les dice que no tienen que considerarse con la exclusiva en la colaboración con el Reino de los cielos y que otros también lo pueden hacer, aunque no pertenezcan al grupo de los discípulos (Mc 9,38-40).

c. **Las relaciones concretas de Jesús con los hombres** están determinadas por estos dos grandes principios, fidelidad al Padre y su Reino, y fidelidad al hombre-libre, destinatario del Reino.

94

i. **En general** invita a la conversión ante el Reino inminente (Mc 1,14s), proclama las consecuencias escatológicas que tiene la aceptación o el rechazo de su invitación (Mt 11,20-24), dialoga con todos, incluso con los paganos (Mc 7,24-30 cf Jn 4,46-54), y en los diálogos a veces alaba la respuesta del interlocutor (Mc 10,28-34), a veces la exige (Mc 10,17-31; Lc 10,25-37), a veces sostiene posturas contrarias a sus interlocutores (Mc 8,11s; 10,1-12; 12,13-17; Lc 10,38-42; 13,1-5). accede o rechaza las peticiones de acuerdo con su mensaje (Mc 10,13-16; 10,35-40 par) y con el mismo criterio alaba o regaña a sus interlocutores (Mc 9,19-23 par; 12,34), es decir, Jesús actúa siempre con fide-

lidad a su mensaje y lo ofrece con plena libertad, interpelando la libertad humana, pero no lo impone al hombre.

ii. En relación con los **discípulos**, les invita al seguimiento con una invitación que puede ser obedecida o rechazada, pero que tiene consecuencias escatológicas (Mc 1,16.20; 2,14; 8,34; 10,21; Mt 8,18-22); da órdenes sobre la misión y otras colaboraciones que les pide (Mc 6,8.45; 11,1s; 14,12s); les enseña, dialogando (Mc 10,23-27; 10,35-40.41-45); les regaña (Mc 8,30; 14,30: Pedro; Mc 10,13-16: todos); les exige que opten por su tipo de mesianismo (Mc 8,27-30 y Jn 6,60-66) y les pone condiciones para continuar en el grupo de discípulos (Mc 8,31-38; 10,14s). Así Jesús respeta la respuesta del hombre a su llamada, aunque está convencido de su necesidad objetiva y su repercusión escatológica, pero una vez que el hombre ha aceptado el seguimiento, es inflexible en lo tocante a la vida del grupo, en el que hay que vivir de acuerdo con sus enseñanzas y condiciones. Sin embargo enseña a sus discípulos a ser pacientes entre ellos ante la presencia de la cizaña (Mt 13,24-30) y a no condenar al hermano (Mt 7,1-5), pues no se conocen suficientemente y este tipo de juicio definitivo y excluyente de la salvación escatológica sólo compete al Hijo del hombre. Igualmente hay que perdonar todo tipo de ofensa (Lc 17,3; 11,4; Mt 18,23-35) y estar preparado a sufrir con paciencia a causa de Jesús la tentación escatológica (Mt 5,11 par; 10,25; Lc 22,31s cf Mc 8,34; Lc 22,28).

iii. **Jesús y los pecadores.** Se trata de un hecho atestiguado en los cinco estratos de la tradición y que resume Mt 11,19: **comilón y bebedor, amigo de publicanos y pecadores**, dicho acuñado por sus adversarios y que generaliza y caricaturiza su comportamiento. La relación de Jesús con los pecadores no se inspira simplemente en una actitud de sociabilidad y apertura humano sino que responde a su conciencia de enviado para salvar al hombre necesitado de perdón y esto implica en primer lugar una relación humana con él, cf 2,17 par. En su relación con el pecador ayuda a superar la falta de fe, animando al desconfiado (Mc 9,22-24 par) y ayudando a dar lo mejor que hay dentro de la persona y a integrarlo dentro de la fe que todo lo puede (Mc 5,21-43 par). Jesús reconoce la validez de la Ley, mandamiento de Dios (Mc 7,8s) en cuanto que es un medio al servicio del hombre, que le ayuda a realizarse en una vida de amor a Dios y al hombre (Mc 12,28-33), que es lo fundamental. Por eso por una parte condena el legalismo, que absolutiza la Ley y la vuelve contra la vida del hombre (Mc 2,23-28; 3,1-5 par; Lc 14,4) y por otra condena el pecado, que es destrucción del hombre, pero no al modo fariseo y de los grupos apocalípcistas, que destruyen pecado y pecador, sino intentando salvar al hombre: «Tus pecados quedan perdonados, vete y no peques más» (Jn 8,11; Lc 7,47-50; 19,9s) resume su postura.

iv. **Los conflictos.** Jesús reconoce y acepta que su persona y mensaje crea conflictos (Mt 10,23-36), actuando de acuerdo con sus convicciones a pesar del conflicto: cf curaciones en sábado (Mc 3,1-5; Lc 14,1; Jn 5,16-18; 7,22-24; 9,14), acogida de pecadores (Mc 2,17; Lc 17,36-50; 15,1ss; 19,1-10), actuación en el templo (Mc 11,15-19 y Jn 2,13-21). No teme a las amenazas de fariseos y herodianos, molestos con él aunque por motivos diferentes (Lc 13,31s; Mc 3,6; 12,13-17). En estos casos de conflicto actúa siempre respetando al hombre y sus valores y exponiendo su mensaje con lealtad. Así reconoce los valores de los otros, aunque no coincidan con los suyos (Mt 11,7-13); renuncia a la violencia física como medio para resolver el conflicto (Lc 9,55; Mt 26,52-54; Jn 18,11): no quiere imponerse con fuego del cielo, como Elías, ni con espadas. Acepta el diálogo con los adversarios, aceptando incluso el comer en sus casas, pero comportándose con plena libertad (Lc 7,36; 11,37; 14,1), es decir, no excluye de su relación a nadie, ni a fariseos ni a pecadores. En el diálogo a veces justifica su actuación sin condenar la de los otros, como los ayunos de los fariseos y los discípulos de Juan Bautista (Mc 2,18-22; Mt 11,7-15), a veces justifica su camino y condena el de los otros, como en las disputas sobre las curaciones en sábado y la acogida de los pecadores, y otras veces censura y condena el comportamiento de los adversarios, como el fariseo que le invita (Lc 11,37), a los que ponen excusas a su mensaje (Mt 11,16-19), a los hipócritas (Lc 16,14s). Responde a los que le acusan y condena su postura (Mc 3,22-30; Lc 7,1-23; Jn 18,22s), al Sumo Sacerdote (Mc 14,61s) y a Pilato (Mc 15,2) pero a veces calla (Mc 14,65). Finalmente declara a escribas y fariseos en un estado que excluye de la salvación a causa de su orgullo, incredulidad e hipocresía (Mt 11,20-24; 23,13-36). Así, pues, en el conflicto Jesús permanece fiel a su misión y fiel al hombre, al que Dios quiere salvar. Por ello renuncia a la violencia y sólo emplea la fuerza de la denuncia profética, lo cual le sitúa en una situación de inferioridad ante los adversarios, que acabarán eliminándolo. La entrada en Jerusalén con un gesto de mansedumbre resume su actitud (Mc 11,1-11).

¿Fue Jesús tolerante? Si con ello se entiende, «permitir algo que no se tiene por lícito sin aprobarlo expresamente», Jesús fue tolerante, ya que aunque convencido de su mensaje y sin renunciar en nada a él, fue paciente en la forma de ofrecerlo a los hombres, sin imponerlo violentamente y esperando la libre respuesta del hombre. Pero Jesús no fue tolerante si entendemos la palabra en el sentido de «acomodarse por bondad al gusto y voluntad de otro», ya que no rebajó ni puso en discusión ningún punto de su mensaje.

2 Praxis de la comunidad cristiana prepaolina

Un estudio crítico del Nuevo Testamento, como fuente de historia, lleva a las siguientes conclusiones en función del tema presente²:

a. La comunidad cristiana primitiva está compuesta de personas **convencidas e inflexibles** en su fe, que testimonian entre dificultades y persecuciones.

b. En la comunidad primitiva **hubo conflictos**, que se resolvieron combinando la inflexibilidad en lo fundamental y flexibilidad en lo secundario. En la comunidad de Jerusalén surgieron dos grupos cristianos, los hebreos y los helenistas. Ambos tienen en común el judaísmo (un solo Dios, una Ley, un pueblo de Dios, un mesías) y la fe en Jesús resucitado, a quien reconocen Mesías, pero entienden ambas cosas de forma diferente. Los hebreos viven el judaísmo, continuando sus prácticas religiosas, como circuncisión, asistencia al templo y a la sinagoga, prácticas de pureza ritual, etc., e integrando en este conjunto la fe en Jesús. No se consideran nueva religión sino la verdadera **secta**, que sigue la interpretación que hizo Jesús de Nazaret, a quien consideran Mesías y auténtico intérprete de la Ley. Ellos son el verdadero Israel, en contraposición a las otras sectas, fariseos, saduceos, esenios... Este modo de proceder es totalmente explicable al comienzo de la comunidad cristiana y fue común a todos al principio, pero al identificar judaísmo con una forma histórica concreta de vivirlo, sin profundizar en su esencia, corría el peligro de no percibir la novedad radical que implica la obra de Jesús y en concreto, de la ruptura que establece entre actitud religiosa por una parte y raza, cultura y costumbres religiosas judías por otra. Los helenistas son cristianos procedentes del grupo helenista judío, conjunto de judíos originarios de la diáspora y residentes en Jerusalén, helenizados, y que se caracterizan por su intransigencia y celo religioso por una parte, y por su apertura a los auténticos valores que han encontrado en el mundo pagano, en el que han vivido, por otra. Algunos de ellos se hicieron cristianos y actuaron en su nueva fe de acuerdo con su actitud existencial básica, manifestándose intolerantes en su visión cristiana del judaísmo, al que consideran radicalmente afectado por la muerte y resurrección de Jesús y al que, por ello, reinterpretan a la luz de la fe cristiana, buscando su esencia profunda y evitando identificarlo con una manifestación histórica concreta y, por otra parte, siendo tolerantes y a veces positivamente abiertos ante los valores del mundo helenista y pagano (cf Flp 4, 8-9). Los helenistas judíos han vivido la experiencia de pasar de una actitud religiosa defensiva ante el paganismo a otra proselitista y sus homólogos cris-

(2) Sobre la Iglesia primitiva véase A. RODRIGUEZ CARMONA, **La comunidad primitiva de Jerusalén**, Cuadernos Bíblicos n.º 7 (Valencia 1981) 17-42, con amplia bibliografía.

tianos actuarán igualmente esta tendencia, convirtiéndose en los evangelizadores del mundo pagano. Su actuación les llevó a enfrentamientos con los fariseos helenistas y con el grupo cristiano hebreo. Con aquellos continuaron el enfrentamiento que tuvo Jesús y por ello fueron perseguidos y martirizados (Hch 6,8ss; 11,19). Con los hebreos primero tuvieron dificultades con motivo del servicio a las viudas, conflicto que se resolvió con la creación de un servicio propio para atender a sus dificultades (cf Hch 6,1). Más tarde, cuando los helenistas expulsados de Jerusalén empiezan a evangelizar a los paganos y surgen las primeras comunidades étnicocristianas, aparece un problema más grave, al querer los hebreos judaizantes imponer a los nuevos discípulos la práctica de la Ley mosaica como obligatoria y necesaria para la salvación (Hch 15,1ss; Gal 2,1ss).

Según Hch 15 los apóstoles se pusieron de acuerdo para no exigir la circuncisión a los paganos convertidos, pero a los que formaran parte de comunidades mixtas, formadas de judeocristianos y étnicocristianos, se les manda que observen ciertas leyes de pureza ritual, por respeto a la conciencia de los judeocristianos. Se discute si ambos mandatos se dieron en la misma reunión, pero no tiene importancia en este contexto. Lo importante es destacar las actitudes que subyacen: firmeza en los principios fundamentales, discusión abierta del problema, respeto a las conciencias invenciblemente erróneas, salvaguarda de la unidad de la comunidad. La comunidad primitiva, pues, conoció tensiones como resultado de dos actitudes ante el mensaje de Jesús, una conservadora y muy ligada materialmente a las instituciones veterotestamentarias y otra abierta a las implicaciones del mensaje de Jesús y de su aplicación real a la salvación de los hombres. Cuando la tensión se resolvió en la confrontación y el diálogo, supuso un enriquecimiento para ambas partes, ayudándoles a clarificar ideas y a determinar qué es lo fundamental, en lo que no hay que ceder, y qué es lo secundario, en lo que se puede ceder en función de otros principios mayores. Cuando más tarde el grupo hebreo quede solo en Jerusalén, como consecuencia de la persecución de los helenistas, obligados a salir de la ciudad, desaparecerá la tensión, se irá radicalizando y parte de él acabará en grupos heréticos, marginados de la gran Iglesia.

c. Finalmente es importante señalar la actitud de la comunidad primitiva ante la **custodia y transmisión del mensaje de Jesús**. Desde el primer momento es consciente de que es depositaria de una vida y una doctrina que debe conservar, transmitir y profundizar fielmente. Por ello se preocupa por una parte de acuñar fórmulas de fe y credos, que resumen lo que cree y que ayudan a una transmisión fiel del mensaje. Así, por ejemplo, en 1 Cor 15,1-6 Pablo inculca la fe en la resurrección aludiendo a lo que él «recibió» y les «transmitió» fielmente y les recuerda un credo, que es posiblemente el documento más antiguo

del Nuevo Testamento³. Pero por otra parte cuida igualmente la comunidad de que el mensaje se explicita y se acomode a las nuevas circunstancias de cara a la salvación del hombre, que es su fin principal, procurando que esto se haga sin deformar el sentido de la obra de Jesús, como puede verse en el llamado Concilio de Jerusalén, antes citado.

3. Praxis de Pablo⁴

Las cartas de Pablo, compuestas la mayor parte de las veces en medio de los trabajos pastorales, reflejan bien la actitud del autor en las dificultades y contradicciones: convencido de su mensaje y misión, recibido para edificar y dar vida a los hombres y, por ello, inflexible en lo fundamental, pero flexible en lo secundario, empleando para esta una clara categoría de valores. Lo estudiamos con detención en las cartas a los Gálatas y Romanos, escritas con motivo del conflicto con los judaizantes:

a. Pablo es **un convencido** de su mensaje. No admite otro, ni aunque lo anuncie un ángel de Dios (Gal 1,6-9). Es consciente de su valor salvífico y no se avergüenza del Evangelio, que no defrauda (Rom 1,16). La raíz de este convencimiento es su vocación, que proviene directamente de Jesús resucitado, no de hombres (Gal 1,11-2-14; Rom 1,1-7), a pesar de lo cual busca una confirmación objetiva para evitar una falsa ilusión y el correr en vano, por lo que va a Jerusalén y expone su mensaje a los responsables, que lo confirman (Gal 2,2-9).

b. Dos tipos de conflictos ocupan a Pablo, uno doctrinal, relacionado con el valor soteriológico de la ley mosaica, y otro moral, motivado por la convivencia en la comunidad.

En el conflicto doctrinal sobre la fe en Jesús y la ley mosaica, Pablo es inflexible en su mensaje básico: el hombre sólo se salva por la fe en Cristo Jesús (Gal 3,2-3; Rom 1,17). Es un mensaje vital que hay que escuchar y poner en práctica sin «aprisionar la verdad» (cf Rom 1,18), sometién dose al plan salvador de Dios, sin discutirlo, y reconociendo su sabiduría sin alardear de sabios (Rom 9,20; 11,25.33-35). Esta postura inflexible le lleva a enfrentarse con falsos hermanos judaizantes, que le espían y acusan, a los que «ni por un instante cedió» (Gal 2,4s) y a recriminar a Pedro por su actitud ambigua a este respecto,

(3) Sobre el credo y la terminología técnica de transmisión **paradidonai-paralambanein**, véase H. ZIMMERMANN, **Los métodos histórico-críticos en el Nuevo Testamento**, Madrid 1969, 107-173.

(4) Con relación al problema de la autenticidad de algunas cartas, consideramos las pastorales como pertenecientes a grupos paulinos y las estudiamos en el apartado dedicado a la segunda generación cristiana.

pues no procedía con rectitud y según la verdad (Gal 2,11-14). Como vimos anteriormente, Pablo afronta el conflicto de los judaizantes en el diálogo franco y libre con la Iglesia Madre de Jerusalén y se llega a la conclusión de que no hay que imponer la circuncisión a los étnicocristianos (Gal 2,3; Hch 15,11s.19). Con relación a la prohibición que se impone a estos cristianos de ciertas prácticas repugnantes para los judeocristianos en las comunidades mixtas, con el fin de asegurar la unidad y convivencia, se trata de una limitación fundada en el amor y no en razones soteriológicas, como sería la necesidad de estas praxis para la salvación. Se duda de si Pablo estuvo presente en la redacción de este decreto de origen apostólico y si se decretó en la misma reunión de Jerusalén, pues no alude a él en Gálatas y por otra parte según Hch 21,21 parece que Pablo no lo conoce⁵. Sea lo que fuere, lo cierto es que responde al espíritu práctico de Pablo, que mantiene el primado del amor y de la unidad sobre la ciencia (Rom 14; 1 Cor 8-9). En este contexto es verosímil el dato de Hch 18,18 y 21,23-27, que presenta a Pablo haciendo un voto de nazireato y, más adelante, yendo al templo de Jerusalén para purificarse en él: una vez afirmado el principio de que el único medio obligatorio de salvación es la fe en Cristo Jesús, no tiene inconvenientes en expresar su piedad libremente por medios tomados de la tradición religiosa judía, en la que se ha educado. Así la flexibilidad lleva a Pablo a aceptar un pluralismo en los comportamientos comunitarios, a pesar de su tendencia a imponer una praxis unitaria, al menos entre las comunidades helenistas (1 Cor 4,7; 11,16).

Con relación a los conflictos de convivencia, originados por diferentes modos de vivir los principios evangélicos, Pablo cree que hay que aplicar los principios en función del amor y la edificación de la comunidad. Por una parte urge formarse y obrar según la conciencia, obrar de cara a Dios, al que hay que dar cuenta (Rom 14,3.10.12) y por otra declara que hay que actuar las convicciones en contexto de amor: «la fe que tú tienes guárdala para tí delante de Dios» (Rom 14,22), es decir, las convicciones de fe son un valor positivo y hay que mantenerlas en conciencia ante Dios sin renunciar a ellas (faceta inflexible), pero la fe auténtica siempre tiene que traducirse en una praxis de amor (Gal 5,6) y por ello a veces habrá que adoptar una postura flexible y tolerante para asegurar esta praxis. No se trata de renunciar a los principios que se creen verdaderos sino de intentar su aplicación con un método paciente, progresivo, adaptado a la capacidad de asimilación del hermano débil, para asegurar el amor y la unidad en todo el proceso, ya que en definitiva el Reino de Dios no es comer ni beber sino vivir la salvación, la vida filial y fraternal con gozo que crea el Espíritu Santo (Rom 14,17). De aquí las normas concretas: buscar, agradecer y edificar al hermano, no buscando el propio agrado, especialmente el

(5) Para un estudio de este problema véase S. A. PANIMOLLE, *Il discorso di Pietro all'Assemblea Apostolica*, I, Bologna 1976, 267-307.

agrado fariseo de creerse poseedor, defensor y héroe de la verdad (Rom 15,1); corregir con mansedumbre (Gal 6,1); acoger bien al que es débil en la fe sin discutir opiniones (Rom 14,1); no despreciarlo (Rom 10,14-31); no poner tropezos ni entristecer ni escandalizar ni destruir al hermano débil (Rom 14,13.15); 15,21) y a su vez que el débil no condene la conducta del hermano (Rom 14,3.10.13). Lo importante es el amor y el que cada uno se atenga a su conciencia (Rom 14,5), haciendo la que fomenta la paz y la mutua edificación (Rom 15,19), de lo que se derivará un pluralismo que Pablo respeta.

Es elocuente analizar el vocabulario que emplea cuando trata estos problemas: **esperar, permitir, aguantar** algo (en función de otra realidad, que lo justifica). A veces será esperar hasta que llegue el momento maduro o se realice otra acción previa o para evitar males mayores. Con frecuencia será aguantar de forma activa, con firmeza, serenidad, paciencia, longanimidad de cara a bienes mayores, como son la conversión de los hombres, la vida comunitaria, el amor, el Evangelio, la parusía de Jesús⁶.

A través de todos estos datos aparecen unas constantes en Pablo: fidelidad a Cristo Jesús que le envía, a la misión que está sirviendo, a las comunidades que crea y al hombre que debe ser salvado por Cristo. Perteneciendo espiritualmente al grupo helenista cristiano, tiene ideas claras sobre el judaísmo y la obra salvadora de Jesús. Es un misionero convencido y tiene sentido de la organización eficaz de la misión, por lo que sabe la fuerza que tiene el testimonio de las comunidades (1 Tes 1,7-9) y el que vivan unidas, incluso en la praxis externa, buscando con ello cierto uniformismo, especialmente entre las comunidades helenistas (cf 1 Cor 11,16 en que reconoce la poca fuerza de las razones que aporta para imponer un uso). Pero por otra parte sabe que lo importante es la vida comunitaria, concreción de su mensaje, y que cuando surgen las dificultades hay que tener una clara categoría de valores, aplicándola con flexibilidad a la edificación concreta de la comunidad.

4. **Segunda generación cristiana** es el período que sigue a la muerte de los Doce y Pablo y que se sitúa en el tercer tercio del s. I. Muchos de los escritos del Nuevo Testamento pertenecen a este período y reflejan una preocupación común por afrontar los problemas derivados de la aparición de herejías, del pluralismo y de la baja de fervor de la comunidad, por lo que subrayan la necesidad de la fidelidad al depósito de Jesús, transmitido por los apóstoles por una parte, y por otra fidelidad al hombre. Presentamos algunos escritos representativos.

(6) Véase el uso de *afiemi, eao, exestin, anekhomai, fero, stego, hypomonein, makrothymein, paskhein, hypoferein*.

a. Las **cartas pastorales** manifiestan una marcada preocupación por la doctrina sana, en un contexto en que aparecen desviaciones doctrinales de diverso tipo.

i. En ellas aparece el autor **convencido** de la verdad de su mensaje, que considera idéntico al de Jesús (1 Tm 2,6; Tit 1,2s) y al confiado a la Iglesia, por la que ésta es columna y fundamento de la verdad (1 Tm 3,16). La raíz de su convencimiento es su conciencia de haber sido constituido apóstol y heraldo de los gentiles en la fe y en la verdad (1 Tm 2,6s; Tit 1,1-3). Por ello está firme en su fe y en la necesidad de que los responsables de la comunidad se mantengan firmes en la misma (1 Tm 3,9) en un contexto en que abunda la palabrería y la falta doctrina (1 Tm 1,6). Han de conservar el depósito de la fe que les ha enseñado ante testigos y confiarlo a hombres que sean fieles y capaces de instruir a otros (2 Tm 1,13s; 2,2). Así el criterio del origen apostólico es fundamental para discernir la sana doctrina que han de enseñar: todos han de enseñar lo mismo que Pablo recibió (1 Tm 2,14s; 3,10s.14; 4,6; 6,2-4; Tit 1,9).

ii. Ante el peligro de falsas doctrinas el responsable debe **vigilar** por la doctrina sana, lo cual a su vez es la forma concreta que tiene de velar por sí mismo (1 Tm 4,16), realizando una praxis positiva y negativa, enseñar y corregir. La faceta positiva consiste en hablar lo que es conforme con la sana doctrina (Tit 2,1.15), evangelizar (2 Tm 4,5), proclamar la Palabra, insistiendo a tiempo y a destiempo (2 Tm 4,1), enseñar (1 Tm 1,7; 5,17; 2 Tm 2,14.16), actividad a la que se debe dedicar el presbítero junto con el proclamar (1 Tm 5,17), inculcar (1 Tm 5,7) y exhortar con toda paciencia y doctrina (2 Tm 4,1s; Tit 1,9). Desde un punto de vista negativo manda que no se enseñen doctrinas extrañas (1 Tm 1,3), a las que llama palabrería vana, fábulas, cuentos de vieja, falsa ciencia y doctrinas diabólicas (1 Tm 1,6; 4,1.7; 6,20; 2 Tm 4,4; Tit 1,10.14; 3,9), denominando de esta forma asuntos de diverso valor, como genealogías, afirmar que ya ha tenido lugar la resurrección de los muertos, prohibir el matrimonio y el uso de los alimentos que Dios ha creado. Ordena que se amenace al que no obedezca, que se le corrija, que se le refute severamente y con toda autoridad y se le tape la boca (2 Tm 4,1s; Tit 1,9.11; 2,15). Conjura que se eviten las discusiones necias y estúpidas porque, además de hacer perder el tiempo, engendran altercados (1 Tm 6,5; 2 Tm 2,14.23; Tit 3,9). Finalmente manda huir del sectario (Tit 3,10). La finalidad de esta actitud negativa es la conversión, el conservar la fe y vivir la caridad, que procede de un corazón limpio, de una conciencia recta y de una fe sincera (1 Tm 1,5; 2 Tm 2,25; Tit 1,13). Ello implica evitar lo que aparta de la fe y lleva a la perdición, situación en la que ya han caído algunos (1 Tm 6,21; 2 Tm 2,14.16s), y cortar las relaciones con esas personas que ni viven ni transmiten la verdad salvadora, a las que llama maestros que no saben lo que dicen, embaucadores hipócritas, apóstatas entregados

a la mentira, orgullosos que sufren la enfermedad de discutir y pelear, vanos habladores, inteligencias corrompidas que no pueden soportar la doctrina, rebeldes, avaros que buscan torpes ganancias, gente que arrastrada por sus pasiones se buscan falsos maestros (1 Tm 1,7; 4,2; 6,5; 2 Tm 3,8; 4,3; Tit 1,10s). No está claro qué tipo de doctrinas se condenan, pero lo importante en este estudio es destacar la actitud de firmeza que mantiene el autor, mandando incluso evitar a las personas que enseñan este tipo de doctrina.

iii. **El modo de realizar** este vigilar es importante, pues da el tono cristiano a esta actividad. Se resume en 2 Tm 2,23-26: «Y a un siervo de Dios no le conviene altercar sino ser amable con todos, pronto a enseñar, sufrido, y que corrija con mansedumbre a los adversarios, por si Dios le otorga la conversión que le haga conocer plenamente la verdad y volver al buen sentido». Se trata, pues, de una actividad que hay que realizar de forma que sirva a la vida de los hombres destinatarios de la revelación, lo que implica una actitud de apertura a todos, pues Dios quiere la salvación de todos los hombres y que vengan al conocimiento de la verdad, por lo que hay que orar por todos (1 Tm 2,1-4). Implica en segundo lugar una actitud de amabilidad, aguante, paciencia para soportar las reacciones de los hombres y saber esperar el momento adecuado, aprovechando las ocasiones propicias para enseñar y evitando los medios inadecuados, como las discusiones airadas e inútiles (2 Tm 3,10s; 4,5). Implica finalmente vivir lo que se enseña, mostrándose dechado de buenas obras, pureza de doctrina, dignidad, palabra sana, intachable, para que el adversario se avergüence, no teniendo nada malo que decir del responsable de la comunidad (Tit 2,7s).

Así, pues, en un momento de confusión doctrinal, se urge la fidelidad al mensaje y a la comunidad concreta creada por los apóstoles, pero sin olvidar la fidelidad a la salvación de todo hombre, incluso del desviado.

b. **Mateo** escribe en contexto polémico antifariseo-rabínico, afirmando que Jesús es el único maestro, que ha dado la auténtica interpretación de la Ley y que ha enviado a los apóstoles a todo el mundo con el fin de invitar a todos los hombres a hacerse discípulos (23,8-10; 28,18-20), siguiendo su interpretación. Hay que aceptar y profundizar en esta interpretación como diligente escriba y vivirla como forma de realización existencial (7,21-27; 13,52), acogiendo para ello a los apóstoles enviados por Jesús, cuya acogida o rechazo tiene consecuencias escatológicas (10,14s.40-42). Se mantiene, pues, una fidelidad inflexible ante la doctrina de Jesús vivida por la comunidad. Pero en ésta no todos son igualmente fieles en la praxis concreta: hay malos cristianos. En esta situación hay que tener paciencia. Es cierto que hay cizaña (13,24-30.36-46.47-50), pero no haya que precipitarse en el juicio ni declarar a nadie excluido de la salvación

(7,1-5), ya que esto es tarea exclusiva del Hijo del hombre, el único que tiene un conocimiento real del corazón del hombre. En las situaciones de pecado hay que conjugar la fidelidad al hombre con la debida a la comunidad y por ello, por una parte, hay que buscar la oveja perdida, dejando las 99 (18,12-14), corrigiendo fraternalmente (18,15-17) y perdonando (18,21-35), pero por otra parte hay que excluir de la comunidad, si el pecador no se corrige (18,17s) y existe peligro de destrucción de la comunidad, que también tiene que velar por sí misma. Este doble mandato obligará a la comunidad a vivir la fidelidad en tensión y la llevará a veces a situaciones confusas, pero no debe de temer, pues a pesar de ello el Señor estará con ella (18,19s cf 8,23.27).

c. **Lucas** en su doble obra escribe para dar seguridad (1,4) a una comunidad que es consciente de la evolución que se ha dado en la doctrina y en la praxis cristiana desde los tiempos de la aparición de la Iglesia hasta sus días y que, por otra parte, sufre la irrupción de grupos heréticos, por lo que vive una crisis de identidad. En este contexto Lucas presenta a Jesús como el Señor y Maestro, Profeta y Salvador, que ha hecho realidad con su ministerio-muerte-resurrección-asunción el camino profético salvador prometido por el Padre y que ha de vivir cada generación cristiana como medio de salvación. Para asegurar la identidad del camino Jesús ha dejado como garantes al Espíritu y a los Doce Apóstoles. El Espíritu Santo, por una parte, acompaña a la Iglesia, convirtiéndola en pueblo profético, que sirve la «Palabra». Por ello es fundamental que cada comunidad pase por la experiencia de Pentecostés (Hch 2,1ss; 8,14-17; 10,44s; 19,6), recibiendo el Espíritu, que le ayuda a dar testimonio y a caminar y en los momentos difíciles, abre camino y garantiza los pasos que se van dando (Hch 10,44-47; 15,28; 16,6-10). Por otra parte los Doce Apóstoles tiene un papel importante. Son un grupo creado por Jesús como parte integrante de su camino profético y salvador con el fin de ser los testigos cualificados de su camino (Hch 1,21-25) y los apóstoles que en su nombre animen y garanticen el camino de la Iglesia. Para ello fue elegido el grupo de los Doce, recibiendo sólo ellos el nombre de apóstoles (6,3). La última aparición los convertirá en los testigos cualificados de la resurrección (24,36-49; Hch 1,8) y con su testimonio apostólico surgirá la Iglesia (Hch 2), que nacerá y crecerá uniéndose al grupo de Doce creado por Jesús, al que él «agrega» a los que se van a salvar (Hch 2,47). Por ello la comunidad tiene que «perseverar en la doctrina de los apóstoles» (Hch 2,42) y en la fidelidad a la Palabra, por la que Dios crea profetas, edifica y hace crecer a la comunidad, mientras que por el contrario la palabra herética la destruye (3,1-6; 8,15; 11,28; Hch 15,35; 19,20; 20,32). La referencia al Espíritu y a los Doce se convierte así en signo de pertenencia al camino de Jesús (Hch 15,28). Por eso cuando Felipe ha evangelizado y bautizado a los samaritanos, es necesario que vayan a Samaría los apóstoles para completar la obra, admitiéndolos en su comunión y dándoles el don del Espíritu (Hch 8,14-17). El

discurso a los **presbiteroi-spiskopoi** de Efeso reunidos en Mileto (Hch 20,17-38) resumen bien la preocupación de Lucas: en un tiempo en que «ya no ven» a Pablo ni a los apóstoles, que han muerto, y en el que aparecen «lobos rapaces» que están devorando a la comunidad, los **episkopoi**, puestos en medio de la Iglesia de Dios por el Espíritu Santo para que la pastoreen, deben ejercer su oficio de vigilar (**episkopein**) a base de fidelidad a la palabra apostólica y así «vigilarán» por ellos mismos. Los males presentes no se deben a Pablo ni a los apóstoles, que entre lágrimas y persecuciones consumaron su camino y el ministerio que recibieron del Señor Jesús. Igualmente tienen que proceder ellos, evangelizando y construyendo la comunidad con paciencia y oponiéndose con firmeza a las herejías.

Junto a esta faceta del pensamiento lucano, hay otras que invitan a la apertura, a la flexibilidad e incluso a la ruptura con los estrechos esquemas de comportamiento vigentes, como son el subrayar que los marginados sociales y morales (pobres, pecadores, samaritanos) son los destinatarios privilegiados de la obra de Jesús; el presentarle cercano a toda persona, sea rico, pobre o pecador, buscando la salvación de todos, sin excluir a nadie por prejuicios sociales y religiosos (cf 14,1ss; 15,1ss; 19,1-10) y el mencionar los gestos de perdón de ofensas y de disculpar las «ignorancias» que realizan Jesús, Pedro y Esteban (23,34; Hch 3,17; 7,60). Para Lucas el absoluto no es una doctrina sino la vida de Dios que se ofrece al hombre. Si es inflexible en la necesidad de ser fiel a la palabra apostólica es porque la considera portadora de esta vida, que hay que asegurar.

¿Tolerancia o intolerancia? Las dos cosas. En las cuatro etapas de este estudio aparece constantemente la exigencia de una inflexibilidad ante la obra de Dios Padre, realizada por Jesús y proclamada por los apóstoles. La vida dada por Dios es lo que es y no se puede cambiar. Tiene una estructura interna y unas exigencias a las que hay que mantenerse fieles. Pero, por otra parte, la vida de Dios tiene como destinatario al hombre-libre, que vive en una situación concreta en la que con frecuencia se dan conflictos de valores. Esto exige emplear con flexibilidad los medios en función del objetivo fundamental, que es la vida del hombre, eligiendo el ritmo y la formulación más adecuada al hombre, y en los casos de conflicto con una clara categoría de valores optando por la vida del hombre y de la comunidad, que es lo importante. Tolerancia e intolerancia, pues, en función de la vida de Dios al hombre.

A. Rodríguez Carmona